

nos dejara golosos Guillermo Labarca: «Mirando al Océano»...

Como ella, pervivirá.

«SONETOS», de *Francisco Guerrero*, Ediciones del «Boletín del Instituto Nacional», 1951

El dilecto manojo de composiciones del profesor de Castellano y Filosofía del Instituto Nacional viene precedido de un estudio biográfico del soneto. Ensayo de gran valor, significa examen inteligente y prolijo de esta composición métrica que cuenta con setecientos años de ininterrumpida celebridad. En efecto, con tino erudito que no podemos sino encomiar, nos recuerda esta semblanza que el inventor del soneto fué Pedro Della Vigne (1197-1240), Ministro del Rey de Sicilia Federico II, quien lo hizo encarcelar por intrigas, y aun arrancarle los ojos. El infortunado se suicidó golpeándose el cráneo en las paredes de la prisión.

La copiosa lista de buriladores del soneto comprende maestros italianos, españoles, franceses, ingleses, alemanes, hispanoamericanos. Sobresalen Petrarca y José María de Heredia, sin contar a los áureos de nuestro idioma: Garcilaso, Herrera, Góngora, Calderón, Quevedo, Lope. Ni a los grandes parnasianos: Gautier, Baudelaire, Leconte de L'Isle, Prudhomme.

Tres sonetos de nuestro autor nos agradan en forma especial. Podríamos llamarlos de inspiración telúrica. El primero es «Solar Nativo», en que el poeta tacta sus primeros años con la diafanidad característica de su estro, donde impera la poda, no obstante hundir sus ancestrales raíces en el trópico: «La Fortuna me numeró en su rueda—bajo el trópico entre dos océa-

nos.—Ceniza celeste en mis ojos queda—y llevo gajos de sol en las manos.—Con la visión ingenua de las cosas,—cortada por volcanes y veleros. El ron del meridiano, y olorosas—noches a cedro y jazmín de luceros.—Desde un tiempo profundo revivo—árbol, agua y piedra en mi fantasía—imágenes del paisaje nativo: Sierras lejanas, húmedas riberas; —lago que a la ciudad adormecía, verde cocodrilos y palmeras».

Lograda esta «visión ingenua de las cosas», y digno del autor de «Récof de Corail» el «remate plástico» «verde de cocodrilos y palmeras».

|El segundo soneto es «Puerto y Océano», de parnasiana prosapia, nos evoca aquellos exquisitos de Baudelaire—«Parfum Exotique»—y Magallanes Moure—«Barco Viejo». Con pareja sugestión visual, Francisco Guerrero ha desdeñado la energía rítmica, el sortilegio numérico, y ha puesto a contribución—en cambio—cierta eufonía desmayada que desazona nuestra sensibilidad y la urge con insistencia saudadosa: «La bahía, inmóvil, semeja una amatista—desde la orilla del inmenso mar abierto.—Un paisaje a toda agua y toda luz. La vista—se enreda en las jarcias y mástiles del puerto. Mi pensamiento, a la de pájaro marino—o pluma de la brisa sobre las arenas,—trae desde lejos un caracol divino—con una evocación antigua de sirenas.—Más allá de los barcos, en la lejanía,—como un anillo, ciñendo la flor del día, el horizonte del océano se cierra... Bebo olor de algas y de sales, tendido,—sintiendo en mí mismo el silencioso latido—del vasto y profundo corazón de la tierra».

Y es el tercero «Arco Iris», concebido con ojos que palpan y realizado con manos que miran, habría dicho Goethe: «Cae sobre la tierra la tarde diluviana—estremecida en aguas, de trópico, violentas.—Un jar-

dín de centellas en campo de obsidiana—deshójase sobre un pentagrama de tormentas.—Urbana visión de arcas ancladas; de veleros—grises, sin rumbo, como monstruosos barcos.—Exprimen sus últimas esponjas los aleros—y aun flotan hojas amarillas en los charcos. Tras el escampo—cinta de desgarrado velo—desprendida, luce un arcoiris. Se diría—la flámula de un mástil que naufragó en el cielo. El arcoiris polifoniza el arrebol—con sus siete colores. En su policromía—vibran todas las cuerdas de la lira del sol».

La onomatopeya «deshójase sobre un pentagrama de tormentas» y el epíteto «diluviana» con que esencializa la tarde son créditos de este poeta, que cuenta con «tanta estrella viva recogida en los ojos». («Inmortalidad»). Ese fulgor ecuánime le va emblanqueciendo el verso y se lo florece a despecho de sinsabores. Bien se adivinan cuando Francisco Guerrero concluye «el corazón del hombre es una flor oscura» («Arcilla Palpitante»).

Este es el segundo libro publicado por el «Boletín del Instituto Nacional». Asesora la Comisión de cultura del establecimiento, entre cuyos componentes destácanse don Ulises Vergara, don César Bunster, don Clemente Canales y don Ernesto Boero Lillo.

Felicitemos a los factores de empresa tan significativa: saben que los planteles no cifran su importancia en la bondad de los edificios, y ni siquiera en la dotación de sus laboratorios y bibliotecas, sino en la competencia trascendental de su profesorado. Hora de distinguir entre estadísticas y valores.

Depositarios del saber son algunos, y el papel de toda cultura auténtica ha sido siempre el de exaltarlos. Exactamente como el Instituto Nacional.